

UNAMUNO EN BECEDAS NOTAS PARA UN CENTENARIO

GÓMEZ BLÁZQUEZ, Jesús

Llegó don Miguel a Becedas, no se sabe cuándo por primera vez, de la mano de otro visitante ilustre, el condecorado militar salmantino don Valeriano Cuervo y no ajeno a aquel grupo de damas *salamanquinas* que, enamoradas de la paz de nuestros parajes, convirtieron a Becedas en su segundo hogar.

No nos importa tanto cuándo llegó como lo que significó su llegada porque, a partir de su primera visita, Becedas iba a ser para él uno de esos remansos que su ajetreo vital necesitaba, un remanso fructífero en el que la inspiración poética y la meditación filosófica alcanzarían los momentos más intensos de su madurez creadora.

Y es que don Miguel buscaba a Becedas como Fray Luis buscaba al *locus amoenus* de la Flecha salmantina, atraído por el entorno paisajístico pues aquí todo se halla inmerso en un envolvente natural que difícilmente encuentra parecido y que nos ayudará a explicar y a entender cuánto intentamos decir.

Las huertas, el río y los arroyos, los prados, los bosques de robles y pinos, los hayedos, los castaños y nogaledas y el enorme espinazo de la sierra con sus nieves casi perpetuas convierten al pueblo y al valle en un marco pastoril de profundo sentir renacentista. En el **paisaje teresiano** que glosó el propio don Miguel en una de las descripciones más reveladoras que hayan podido escribirse (*"Andanzas y visiones españolas"*) y que don Antonio Muñoz recogió en el título de su monografía becedeña. En el paisaje mágico que Juan García Atienza y Sánchez Dragó incluyeron en sus *"Guías Mágicas de España"*. En un **paisaje paradisiaco** si nos hace-

mos eco de aquel reportaje aparecido en la prensa con el título de "Becedas, paraíso de la manzana" o del topónimo que designa a uno de los más bellos parajes del alto curso del Becedillas.

Demasiados atractivos, demasiados encantos naturales los que envuelven a Becedas. No nos extrañe, por tanto, que en el devenir de los siglos nuestras calles, nuestro entorno y nuestras hospitalarias gentes hayan sido el mejor reclamo para los más ilustres visitantes.

Y es llegado el momento de detenernos ante una de esas figuras, tan mágicas como el paisaje, que no se conformó con vivir entre nosotros ni con sentir como algo suyo cuanto aquí le ofrecimos, sino que quiso corresponder con su reconocimiento a aquella convivencia y a aquel sentir dejando una huella tan imborrable como profunda en quienes tuvieron la gloria de participar de su amistad y de partir con él amigables e intencionados razonamientos y en quienes hoy leemos entusiasmados las más bellas descripciones de nuestro paisaje y las más puras interpretaciones poéticas de todo cuanto aquí encontraba. Seguimos hablando de **don Miguel de Unamuno**.

LA HUELLA DE SUS ESCRITOS

Aquí, "se le llenaba el alma de la visión de las cimas, de silencio y de paz y olvido" cuando descendía de las cimas de Gredos a estas "tierras teresianas, pasando mi fatiga por entre los nogales de Becedas..."

Y de qué forma tan profunda contemplaba Unamuno a Becedas. Y desde cuántos lugares para obsesionarse al fin con su visión mística de un paisaje convertido por él en metáfora, en alegoría sentida y en arte. Y es que Becedas puede sentirse orgullosa por el tacto unamuniano.

En "Paisaje Teresiano" donde el campo es una metáfora, Unamuno nos inmortaliza. Allí, Becedas se convierte en un trozo de cielo: "los cerros pedregosos parecían escombros caídos del cielo"; allí, el paisaje se inmaterializa: "y el paisaje perdía materialidad pareciendo como un mero revestimiento del espacio". Allí, Becedas es un cuadro divino: "un cuadro que enseña como un libro y aún más y mejor..., una pintura..., sin barnizado..., donde se notan los brochazos del Señor". Allí, en Becedas "diría que el cielo era un lago, el de las aguas de arriba de que habla el primer capítulo del Génesis".

No podemos pedir más. Becedas se diviniza, es etérea, bíblica, metafórica... y por si fuera poco su entorno adquiere vida. El pueblo es una

tortuga roja y la torre un cuerno: "miré a Becedas, la villa a distancia apreciásemme cual una enorme tortuga roja..., con un cuerno que era la torre de la iglesia". ¡Qué pinceladas tan precisas! No cabían otras para describir estos paisajes que "el Señor se detuvo en adornar" y en los que "se nota la huella de su pincel".

Y en las calles del pueblo..., ¡cuántos detalles poéticos!: el sol, el aire, el agua del arroyo, las gallinas, los tiestos de flores, las galerías de madera... "y aquellas grandes piedras que sostienen estas galerías, piedras vivas, casi vegetales que guardan el aire de la cantera".

No ignora Unamuno que ha encontrado un paisaje especial, un paisaje bien distinto al castellano estepario de los hombres del "Poema del Cid" o los del "Romancero", paisajes sin agua donde el polvo, las rocas, las encinas y los hombres mismos "no son más que paisajes, pinturas de Dios". En cambio "en Becedas, al pie de la sierra, cerca de las fuentes del Tormes, hay agua. ¡Agua! ¡Mar!, ¡mar...! Agua no para mirarse en ella, sino para beberla". Agua que en no pocas ocasiones "no une a los pueblos, sino que los separa".

Y si este libro de la Naturaleza, si este "pueblecito de los consagrados por Teresa" sirvió a la Santa "de cimiento de su doctrina", ¿no le sirvió a Unamuno para conocer y entender a la monja andariega? Si es así, y yo no lo dudo, Becedas y su paisaje también supieron corresponder a don Miguel. No podía ser de otra manera. Y si la historia es caprichosa y el azar inesperado, pensar que Becedas, sus gentes y su paisaje tenían reservado el honor de permitir a don Miguel su encuentro pleno con la Santa supone un hito que por sí solo pudiera justificar la existencia de la más insignificante aldea.

Qué sosiego encontró en Becedas en el verano de 1930 aquel Unamuno, ya cansado, asqueado de tanta farsa social, desilusionado de todo y por todo y frustrado por la impotencia de tanto discurso desatendido. Cómo invoca, entonces, a las Peñas de Neila "que contempló la vista de Teresa en Becedas"; a las alisadas que ven venir el agua, a la nieve evangélica, a las encinas que tienen corazón y a las rocas que tienen alma. Qué bálsamo para su espíritu aquellas navas floridas, aquel reposo santo, aquellas encinas matriarcales, sosegadas, silenciosas... Aquel recato de la hora de la siesta al rumor de la fuente, oyendo el agua y confundiendo el sueño con la muerte y buscando como Teresa, ¡en el mismo lugar!, los más profundos "ansiones de eternidad".

El sosiego, la paz, el descanso, la calma... que vivía Unamuno en Becedas no eran sino reflejos de la orilla del río, de las estrellas, de la quietud

tud del albedrío, del agua que fluye durmiendo en un lecho de amor. Y el verdor de la verdina, y la luz campesina y la sombra de las flores... no eran más que amores muertos. Y en la desnudez de la sierra donde el Señor se arregla su refugio soberano y donde hasta el cielo calla, allí don Miguel meditaba mientras el eco se arrobaba en el silencio.

LA HUELLA DEL PENSADOR

Qué deleite produce hablar con las pocas personas que aún son testigos vivos de su estancia en Becedas. Qué distinta forma de interpretar sus actos y sus palabras. Con qué diferente carácter le pintan unos y otros.

Porque era don Miguel para unos silencioso y retraído. Huraño y hosco para otros. Era afable y cordial. Y era tan áspero y agrio como nuestras manzanas en agosto.

Era hombre de hábitos, de costumbres fijas. Madrugador, paseante solitario, observador... Era un hombre taciturno, pegado siempre a un traje negro, a una barba bien dispuesta y a un singular binóculo. Un Felipe II de nuestro tiempo. Un pensador asociado a la pluma y al papel.

Hay quien le recuerda con su silla plegable que le permitía acomodarse al socaire de cualquier rincón placentero. O subiendo por el camino de la sierra, frecuentando la Garganta, el Marco, el Batán, las Salamanquinas y la Peña de la Zorra. Otros, regresando al pueblo y haciendo una parada en el Molino de Arriba donde, atónito, contemplaba el movimiento monótono de la gigantesca rueda. Pensaría en los cangilones de las norias, en el movimiento continuo que no lleva a ninguna parte, en la fuerza vital del agua. Dicen que entraba sin saludar al molinero y que se iba sin decir nada, como abstraído. Tan ensimismado que, sin darse cuenta, sus cansinos pasos le llevaban hasta el otro molino, al que está junto al puente de Cal y Canto. La contemplación de la nueva rueda volvía a alejarle de la realidad hasta que el molinero, amigo suyo, le desenfrascaba con una amistosa palmada en la espalda. Solían conversar con frecuencia y, aunque parece que pensaban de manera bien distinta, siempre se dispensaron una mutua cordialidad. Y allí mismo, mientras contemplaba el mecanismo de la piedra, envuelto en polvo de harina y salvados, confuso por el traqueteo de la fábrica se perdía, como el grano en la tolva, con el arrobamiento que le producía el olor a pan reciente que venía de la cercana tahona. La sensación del pan recién salido del horno le confortaba y no pocas veces se dirigía hacia su casa con uno caliente, grande y redondo, que tal vez le duraría una semana, mientras su amigo se jactaba de regalar al salmantino

el presente caliente y grande y redondo como la piedra del molino que tanto le hiciera pensar.

Acostumbraba también a pasar largas horas a la fresca de la sombra de un robledal próximo a la Aceña donde los muchachos, sin ningún respeto a las gélidas aguas que bajaban de Peña Negra, se bañaban. El Unamuno pensante y observador solía escuchar con curiosidad a la chiquillería y con relativa frecuencia irrumpía con apreciaciones personales en sus razonamientos. Les pedía explicaciones sobre esto y sobre aquello y de la misma forma que disfrutaba con el ingenio de los avisados muchachos les recriminaba con mal talante el menor de los improperios. No hay becedense que no recuerde alguna anécdota al respecto. Y en la mente de todos pervive la tan traída y llevada reprimenda que echó a un zagal al que oyera blasfemar: "*¿cómo te atreves, mocoso, a ensuciar el nombre de Aquél a quien con tanto afán yo estoy buscando?*". Me contaba uno de los presentes que no contento con la reprobación, averiguó quién era su padre y le pidió, con el mismo encono, que diera al muchacho su merecido castigo.

"Era muy terco" -me confesaba un anciano-. En una ocasión había ido, como muchas mañanas, a descansar a la sombra de los nogales del tío Parranca, cerca de la fuente de la Bimborra. Cuando éste llegó encontró a don Miguel sentado en la pared de su propiedad en la que a buen seguro nuestro amigo había removido alguna piedra para acomodarse mejor. No debió parecerle bien al dueño quien tras recriminarle la acción le obligó a abandonar el paraje. Unamuno se negó y tras una ardua disputa sobre de quién era el nogal, de quién la sombra y de quién la pared, terminaron ambos ante el Juez que conocedor de los hechos y del empecinamiento de los contendientes fue capaz de poner en práctica sus dotes conciliadoras para que la cosa no pasara de ser una mera anécdota. Eso sí, el tío Vicente y don Miguel nunca volvieron a hablarse y aunque el visitante siguió frecuentando el lugar no hay constancia de nuevos incidentes.

Le gustaba pasear por la calle Mayor, andar despacio, oyendo el murmullo del agua de la añorada regadera, agua que corría limpia y viva como la vida misma. Agua tan distinta a la quieta y callada del lago en el que se sumerge la Lucerna de *"San Manuel"*. En la misma calle Mayor, en el rincón del Llanillo, buscaba la quietud de la pequeña Fontana y los secretos de su historia. Allí, desplegaba su silla y solía sentarse. Tomaba nota de sus reflexiones mientras las mujeres sacaban cubos de agua para llevarla a sus casas. No acostumbraba a hablar con nadie y sólo rompía su silencio si llegaba Nicolás Sainz quien, por vivir cerca del lugar y congeñar bien con él, acudía a la cita siempre que le era posible. Era yo muy

niño cuando el contertulio de don Miguel me contaba estas cosas y durante muchos años rondó por mi cabeza una anécdota que entonces no comprendí. Una de aquellas mujeres que sacaban agua de la fuente, con la actitud de cortesía que caracteriza a nuestras mujeres, le ofreció un trago con el que paliar el calor del momento. Algo debió pasar por su mente que le obligó a reaccionar de la forma más extraña. El pensador frunció el ceño en señal de enfado, se levantó sin decir nada y, como quien se siente ofendido, se fue. No creo que la buena mujer entendiese su actitud, probablemente ni se lo propuso. Ni siquiera el señor Nicolás supo explicármela. Pero hoy no me cabe duda de que por medio estaba la alegoría del agua que tanto significó para Unamuno y para tantos y tantos otros poetas de su tiempo. Ciertamente le habían ofrecido para beber agua quieta, parada, sin vida. Agua en la que él veía muerte, eternidad incierta, agónica esperanza. Agua muy distinta a la de las cristalinas chorreras del Becedillas. Y esas aguas no deben beberse cuando tan cerca hay otras que representan a la vida, a la pureza y al incesante movimiento.

No me cabe duda de que fue Nicolás Sainz, hombre erudito y de buen entendimiento, la persona con quien mejor se entendió don Miguel en Becedas. Quiero dejar constancia del testimonio que en carta reciente me enviaba uno de sus nietos, mi amigo Francisco Hernández Sainz: *"como te comenté en alguna ocasión, mi abuelo Nicolás apenas me habló de Unamuno. Sí recuerdo me contó que fue don Miguel quien le enseñó a colocarse la boina al estilo vasco. No sé si sabes que mi abuelo nació en Oñate. También me dijo que en alguna ocasión subió con él a Peña Negra. Congeniaban bien, ambos eran republicanos y sentían la misma animadversión por Alfonso XIII, si bien políticamente mi abuelo se situaba más a la izquierda que el viejo rector"*.

No nos resultaría difícil imaginarnos a los dos personajes abriendo trochas por el espinazo de la sierra, contemplando el valle desde la cumbre y llenando el cielo de mensajes existencialistas teñidos de dudas religiosas y de quebrantos políticos...

Otro buen hombre me hablaba con actitud de asombro contenido. *"Cuando más enfadado le vi -me decía- fue una vez que llegó al pueblo tras la reciente instauración de la República"*. Y es que, parece ser, que enterados de su llegada, algunos prohombres de Becedas, convencidos de la satisfacción que sentiría el ilustre visitante, no dudaron en acudir a darle la enhorabuena. Y nunca lo hubieran hecho porque don Miguel no tardó en darse cuenta de que aquellos parabienes no respondían a los sinceros sentimientos que el momento requería. Se le encendieron los ojos y despojado de falsas cortesías se los quitó del medio descargando contra ellos

la ira acumulada en el tumulto salmantino: "*me agasajáis con palabras falsas, con parabienes de fariseo...*"

Muchos han querido hablarme de las relaciones de Unamuno con don Evaristo Angulo, por aquel entonces cura párroco de Becedas y hombre de indudables y profundos conocimientos filosóficos. Para unos eran cordiales, para otros de abierto enfrentamiento. Sin duda, un buen conocimiento de las mismas podría haber supuesto el mejor colofón a este relato en el que tal vez hemos irrumpido demasiado tarde, cuando la mayor parte de sus protagonistas, incluido don Miguel, habrán resuelto ya aquellos problemas existenciales que también a nosotros nos inquietan.